

LIAN
HEARN

LEYENDAS de los OTŌRI

EL BRILLO DE LA LUNA

El reciente matrimonio de Kaede y Takeo es fruto de una profunda pasión amorosa, pero también supone una importante alianza política entre dos herederos.

El relato arranca en el templo de Terayama, en cuyo suelo sagrado la joven pareja se ha refugiado. Allí han logrado reunir un ejército fiel. La situación es de máxima tensión y todo está dispuesto para las terribles batallas que tendrán lugar. La diplomacia, la habilidad política y las dotes de mando serán decisivas para aclarar el incierto futuro.

1

La pluma reposaba sobre la palma de mi mano. Yo la sostenía con cuidado, pues era consciente de su antigüedad y delicadeza. A pesar del paso de los años, su blancura se mantenía intacta y el color púrpura de los bordes aún resplandecía.

—Pertenece al *houou*, el pájaro sagrado —me explicó Matsuda Shingen, el abad del templo de Terayama—. El ave se le apareció a Shigeru, tu padre adoptivo, cuando era un muchacho de tan sólo quince años, más joven de lo que tú eres hoy. ¿Te habló de aquello alguna vez, Takeo?

Hice un gesto de negación con la cabeza. Matsuda y yo nos encontrábamos en su alcoba, situada en un extremo del claustro que rodeaba el patio principal del templo. Del exterior llegaba el alboroto de los preparativos para nuestra partida, que ahogaba los cánticos y el tañido de campanas habituales en el santuario. Yo escuchaba a Kaede, mi esposa, quien se encontraba al otro lado de la cancela departiendo con Amano Tenzo acerca de los problemas que supondría la alimentación de nuestro ejército durante la marcha. Nos disponíamos a viajar al gran dominio de Maruyama, en el Oeste, del que Kaede era legítima heredera; nuestra intención era reclamarlo y, si fuera necesario, luchar por su propiedad. Desde finales del invierno, numerosos guerreros habían acudido a Terayama a unirse a mis tropas y habíamos logrado reunir cerca de un millar de hombres, que se alojaban en el templo y en las aldeas circundantes. También contaba yo con los campesinos que habitaban en la comarca, quienes apoyaban mi causa firmemente.

Amano procedía de Shirakawa, la casa familiar de mi esposa, y era el más fiel de sus lacayos. Experto jinete, su habilidad con los animales resultaba excepcional. En los días que siguieron a nuestro matrimonio, Kaede y su doncella, Manami, demostraron una destreza considerable a la hora de manipular y distribuir comida y equipamiento. Trataban todos los asuntos con Amano, quien se encargaba de transmitir las decisiones a los soldados. Aquella mañana, el lacayo estaba contando las carretas de bueyes y los caballos de carga que teníamos a nuestra disposición. Intenté concentrarme en las palabras del abad, pero me encontraba inquieto y ansioso por iniciar la marcha.

—Ten paciencia —me aconsejó Matsuda con suavidad—. Sólo será cuestión de un momento. ¿Qué sabes acerca del *houou*?

Con desgana, volví a centrar mi atención en la pluma que tenía en la mano y me esforcé por recordar lo que Ichiro, mi antiguo preceptor, me había enseñado durante el tiempo en el que me había alojado en la casa del señor Shigeru, en Hagi.

—Según la leyenda, es el pájaro sagrado que hace su aparición en tiempos de justicia y paz, y se representa con el mismo signo caligráfico que los Otori, el clan al que pertenezco.

—Exacto —aprobó Matsuda, esbozando una sonrisa—. Sus apariciones son pocas, pues la justicia y la paz escasean en los tiempos que corren. A mi entender, cuando Shigeru vio el *houou* tomó la decisión de iniciar la búsqueda de tan preciados bienes. Yo le hice notar que las plumas del pájaro sagrado están teñidas de sangre, y ahora es la propia sangre derramada por Shigeru la que nos impulsa a actuar a quienes creemos en su causa.

Contemplé la pluma más de cerca. Estaba colocada sobre la cicatriz de mi mano derecha, donde mucho tiempo atrás me había quemado. Sucedió en Mino, mi pueblo natal, el día en el que Shigeru me salvó la vida. Junto a la ci-

catriz se veía la línea recta característica de los Kikuta, la familia de la Tribu a la que yo pertenecía y de la que había huido el invierno anterior. Mi herencia, mi pasado y mi futuro parecían haberse reunido allí, en la palma de mi mano.

—¿Por qué habéis elegido este momento para mostrarme la pluma?

—Pronto te pondrás en camino. Has pasado el invierno con nosotros, dedicado al estudio y al entrenamiento con el propósito de prepararte para cumplir las últimas órdenes que Shigeru te encomendó. Mi deseo es que compartas la visión de tu padre adoptivo, que siempre recuerdes que su meta era la justicia; ésa es la meta que debes hacer tuya.

—Nunca lo olvidaré —prometí.

Hice una respetuosa reverencia y, sujetando la pluma con las dos manos, se la entregué al abad. Matsuda la recogió, inclinó la cabeza y devolvió la pluma a la pequeña caja laqueada de la que la había sacado. Yo permanecí en silencio mientras recordaba todo lo que Shigeru había hecho por mí y meditaba sobre la ardua tarea que tenía por delante si quería cumplir sus deseos.

—Ichiro me habló del *houou* cuando me enseñó a escribir mi nombre —comenté tras unos instantes—. Cuando le vi en Hagi el año pasado, me aconsejó que le aguardase aquí, en el templo; pero no puedo esperar mucho más tiempo. Debemos partir hacia Maruyama en menos de una semana.

Desde el deshielo de la nieve me encontraba preocupado por mi antiguo preceptor, pues tenía conocimiento de que los señores de los Otori, los tíos de Shigeru, deseaban apropiarse de mi casa de Hagi y de mis tierras. Sin embargo, Ichiro se negaba en redondo a entregarles mis posesiones.

Aún no lo sabía, pero Ichiro había muerto. Lo supe al día siguiente. Me encontraba conversando con Amano en el patio cuando oí ruidos que llegaban de la lejanía: gritos de desconocidos, el sonido apagado de hombres corriendo

y el martilleo de cascos de caballo. Este último sonido resultaba tan extraño como inesperado, pues casi nadie subía hasta Terayama a lomos de su montura. Los visitantes ascendían el empinado sendero a pie; los enfermos y los ancianos eran acarreados por fornidos porteadores.

Para cuando, segundos más tarde, Amano escuchó aquellos ruidos, yo ya estaba corriendo hacia los portones del templo y llamaba a gritos a los guardias, quienes, con toda rapidez, empezaron a cerrar las puertas y a atrancarlas por dentro. Matsuda atravesó el patio con paso diligente. No portaba armadura, pero llevaba el sable bajo el cinturón. Antes de que pudiéramos articular palabra, desde la garita surgió una potente voz:

—¿Quién se atreve a cabalgar hasta las puertas del templo? ¡Desmontad y acercaos a este lugar de paz con el debido respeto!

Era Kubo Makoto, uno de los jóvenes monjes guerreros de Terayama, quien, en los últimos meses, se había convertido en mi mejor amigo. Corrí hasta la empalizada de madera y subí a toda prisa la escalera que conducía a la garita de los centinelas. Makoto señaló un agujero en la madera y, a través de la mirilla, divisé a cuatro jinetes. Habían ascendido la ladera al galope y en ese momento tiraban de las riendas para que sus caballos, agotados y jadeantes, se detuvieran. Los hombres iban armados de pies a cabeza y en sus yelmos se apreciaba con claridad el blasón de los Otori. Por un momento, pensé que tai vez fuesen mensajeros de Ichiro. Entonces, mis ojos repararon en la cesta atada al arzón delantero de una de las sillas de montar. El corazón me dio un vuelco, pues no era difícil adivinar lo que la cesta contenía.

Los caballos se encabritaban e intentaban retroceder. No sólo se encontraban exhaustos, sino también atemorizados y doloridos; dos de ellos mostraban graves heridas en las patas traseras. Por el angosto sendero empezó a llegar un reguero de campesinos furiosos, armados con hoces y

palos. Reconocí a algunos de ellos: eran vecinos de la aldea más próxima. El guerrero situado en la retaguardia se dispuso a atacarlos y blandió su sable en el aire. Los hombres dieron un paso atrás; pero no se dispersaron, sino que se mantuvieron como una pina alrededor de los jinetes.

El jefe de los guerreros les lanzó una mirada de desprecio y, acto seguido, se plantó frente al portón y gritó:

—Soy Fuwa Dosan, del clan Otori de Hagi. Traigo un mensaje de mis señores Shoichi y Masahiro para un impostor que se hace llamar Otori Takeo.

Makoto respondió:

—Si sois mensajeros que acudís en son de paz, desmontad y abandonad vuestros sables. Entonces, abriremos las puertas.

Ya sabía yo cuál sería el mensaje y notaba cómo la cólera empezaba a nublar-me la vista.

—No es necesario —respondió Fuwa con desdén—, nuestro mensaje es breve. Di le a ese tal Takeo que los Otori no reconocen sus exigencias, y que éste es el trato que le dispensarán a él mismo y a todo aquel que le siga.

El jinete situado a un costado del cabecilla soltó las riendas de su caballo, abrió la cesta y de ella sacó lo que yo temía ver. Agarró la cabeza de Ichiro por la cabellera y la lanzó por encima de la muralla. La cabeza cayó con un golpe seco sobre la hierba del jardín tapizada de pétalos.

Saqué a *Jato*, mi sable, del cinturón.

—¡Abrid las puertas! —grité—. Voy a por ellos.

Bajé los escalones de dos en dos, seguido por Makoto.

Mientras las puertas del templo se abrían, los guerreros Otori hicieron girar a sus caballos y, sable en mano, empezaron a cargar contra los hombres que los rodeaban. Posiblemente consideraron que unos simples campesinos no se atreverían a hacerles frente. Yo mismo me sorprendí por lo que ocurrió a continuación. En lugar de apartarse, los aldeanos se arrojaron con violencia contra los caballos. Dos de los campesinos murieron en el acto, decapitados por los

sables de los guerreros; pero entonces se desplomó el primer caballo y la multitud se abalanzó sobre el jinete caído. Los demás guerreros corrieron la misma suerte. No tuvieron oportunidad de mostrar su habilidad con la espada, pues los campesinos los derribaron de sus corceles y los golpearon como a perros hasta que murieron.

Makoto y yo intentamos frenar a los aldeanos, mas sólo conseguimos restaurar la calma una vez que hubimos cercenado y colgado las cabezas de los guerreros en las puertas del templo. Los campesinos profirieron insultos contra los soldados muertos durante un buen rato; después, se encaminaron colina abajo al tiempo que aseguraban a gritos que si otros osaban acercarse al templo de Terayama para insultar al señor Otori Takeo, el Ángel de Yamagata, correrían la misma suerte.

Makoto temblaba de cólera; percibí que deseaba decirme algo, pero yo no disponía de tiempo. Regresé de inmediato al recinto del templo. Kaede había traído paños blancos y un cuenco de madera lleno de agua. Estaba arrodillada en el suelo, bajo los cerezos, y lavaba la cabeza con actitud serena. La piel se veía de un gris azulado; los ojos estaban entornados; el cuello no había sido cortado de forma limpia, sino que se apreciaban varios hachazos. Sin embargo, Kaede la sujetaba con tanta delicadeza como si se tratase de un objeto de belleza y valor incalculables.

Me arrodillé junto a mi esposa, alargué la mano y acaricié el cabello de Ichiro. A pesar de las canas, la muerte le hacía parecer más joven que la última vez que me había encontrado con él en la casa de Hagi. En aquella ocasión le había visto apesadumbrado y asediado por los fantasmas; del pasado, pero también deseoso de ofrecermé su afecto y su consejo.

—¿Quién es? —preguntó Kaede en voz baja.

—Ichiro, mi maestro en Hagi; también fue precepto de Shigeru.

Me sentía tan compungido que fui incapaz de proseguir. Los ojos se me cuajaron de lágrimas mientras me venía a la mente nuestro último encuentro. Ojalá le hubiera demostrado entonces todo mi respeto y agradecimiento. Me pregunté cómo habría muerto; ¿habría sido su muerte lenta y humillante? Deseé que aquellos ojos se abrieran, que aquellos labios inertes hablaran. ¡Cuan irrecuperables son los muertos! ¡Qué alejados se encuentran de nosotros...! Incluso cuando sus espíritus regresan, nunca hacen mención a sus propias muertes.

Yo nací y fui educado entre los Ocultos, quienes creen que sólo aquellos que siguen los mandamientos del dios secreto se encontrarán de nuevo en la otra vida, mientras todos los demás se consumirán en las llamas del infierno. No sabía yo a ciencia cierta si mi padre adoptivo había compartido tales creencias. Sin duda, estaba familiarizado con las enseñanzas de los Ocultos, ya que entonó sus oraciones a la hora de morir y también mencionó el nombre del Iluminado. Ichiro, su consejero y lacayo principal, nunca había mostrado señal alguna al respecto; más bien parecía contrario a los seguidores del Secreto. Desde mi llegada a Hagi, Ichiro había sospechado que Shigeru me había rescatado de la persecución que sufrían los Ocultos por parte del señor Iida Sadamu, y me había observado como un cormorán en busca de algún gesto que me delatara.

Yo ya no seguía las enseñanzas de mi niñez y me resultaba imposible creer que un hombre de la integridad y fidelidad de Ichiro fuera a arder en el infierno. Me sentía indignado ante la injusticia de aquel asesinato y caí en la cuenta de que tenía otra muerte más que vengar.

—Pagaron por ello con sus vidas —indicó Kaede—. ¿Por qué matar a un anciano y tomarse la molestia de acudir hasta el templo para entregarte su cabeza? —prosiguió, mientras lavaba los últimos restos de sangre y envolvía la cabeza en un paño blanco.

—Imagino que los señores de los Otori quieren provocar mi salida del templo —repliqué—. No desean atacar Terayama; de hacerlo, se toparían con los soldados de Arai. Supongo que abrigan la esperanza de hacerme llegar hasta la frontera para enfrentarse allí conmigo.

Yo deseaba aquel encuentro para castigarlos de una vez por todas. Las muertes de los guerreros habían calmado momentáneamente mi cólera, pero notaba que ésta aún bullía en lo más profundo de mi corazón. Sin embargo, tenía que ser paciente: mi estrategia consistía en desplazarme a Maruyama en primer lugar y fortalecer allí mis tropas. Nadie iba a impedir que continuara con mis planes.

Hice una reverencia hasta tocar la hierba con la frente, en señal de despedida a mi maestro. Manami llegó desde los aposentos de invitados y se arrodilló a nuestras espaldas, a cierta distancia.

—Señora, he traído una caja —susurró.

—Dámela —ordenó Kaede.

Era una caja pequeña, elaborada con ramas de sauce y tiras de cuero teñidas de rojo. La tomó en sus manos y, al abrirla, surgió un intenso olor a aloe. Kaede introdujo en su interior el bulto envuelto en el paño blanco y colocó las flores de aloe a su alrededor. Entonces, puso la caja sobre el suelo y los tres hicimos otra reverencia en memoria de Ichiro.

Una curruca entonó su canto de primavera y un cuco respondió desde las profundidades del bosque; era el primero del año.

Celebramos los ritos funerarios al día siguiente y enterramos la cabeza de Ichiro al lado de la tumba de Shigeru. Ordené que se erigiera una lápida para mi antiguo preceptor. Me encontraba ansioso por saber qué habría sido de la anciana Chiyo y de los demás sirvientes de la casa de Hagi. Me atormentaba la idea de que la vivienda ya no existiera, que hubiera sido arrasada por el fuego. Me vinieron a la mente el pabellón del té, la sala de la planta superior —

donde con tanta frecuencia nos habíamos sentado a contemplar el jardín— y el suelo de ruiseñor, tal vez ahora destruido y su canto silenciado para siempre. Sentí deseos de salir corriendo hacia Hagi para reclamar mi herencia antes de que me fuera arrebatada, pero sabía que eso era precisamente lo que los Otori deseaban.

En el enfrentamiento a las puertas del templo, cinco campesinos habían perdido la vida en el acto; otros dos murieron más tarde. Dos de los caballos habían sido heridos y Amano los mató para evitarles mayores sufrimientos; los otros dos resultaron ¡lesos. Uno de éstos me gustaba en especial; se trataba de un hermoso semental negro que me recordaba a *Kyu*, el caballo de Shigeru; tal vez fuese hijo de la misma yegua. Ante la insistencia de Makoto, también celebramos los funerales de los guerreros con todos los ritos habituales, y rezamos para que sus espíritus, ofendidos ante una muerte tan innoble, no permanecieran entre nosotros para perseguirnos.

Aquel atardecer el abad se acercó al pabellón de invitados y estuvimos conversando hasta bien entrada la noche. Makoto y Miyoshi Kahei, uno de mis aliados y amigos procedentes de Hagi, se encontraban con nosotros. En cambio Gemba, el hermano menor de Kahei, había sido enviado a Maruyama para comunicar a Sugita Haruki, el lacayo principal, nuestra inminente partida. El invierno anterior, Sugita le había asegurado a Kaede que apoyaba su reclamación del dominio. Kaede no se reunió con nosotros —por varias razones; entre otras, porque ella y Makoto no se encontraban a gusto uno en presencia del otro y Kaede le evitaba siempre que le resultaba posible—, pero yo le había pedido previamente que se sentara tras la mampara para escuchar la conversación, pues deseaba conocer su opinión al respecto. En el breve periodo transcurrido desde nuestro matrimonio, había llegado a hablar con mi esposa como nunca antes lo hiciera con nadie. Había pasado tanto tiempo de

mi vida en silencio que no me cansaba de compartir mis pensamientos con ella. Me fiaba de su juicio y su sabiduría.

—De modo que ahora estás en guerra —aseguró el abad—, y tu ejército ya ha tenido ocasión de enfrentarse a la primera escaramuza.

—¿Ejército? —se asombró Makoto—. Más bien una turba de campesinos... ¿Cómo vas a castigarlos?

—¿A qué te refieres? —repliqué.

—A los granjeros no les está permitido matar a los guerreros —explicó Makoto—. Cualquiera otro en tu situación los castigaría con crueldad. Serían crucificados, hervidos en aceite, quizá desollados vivos.

—Lo serán si los Otori los atrapan —masculló Kahei.

—Lucharon en mi nombre —tercié yo. En mi fuero interno, consideraba que los guerreros merecían aquel final ignominioso, aunque lamentaba no haberlos matado con mis propias manos—. No pienso castigarlos. En realidad me preocupa cómo protegerlos.

—Acabas de abrir la jaula de un ogro —sentenció Makoto—. Esperemos que consigas detenerlo.

El abad bajó la vista hasta el cuenco de vino que sujetaba en las manos y sonrió. Durante todo el invierno me había instruido en el arte de la estrategia y conocía mis sentimientos con respecto a los campesinos, porque yo le había relatado mis teorías sobre la toma de Yamagata y otras campañas militares.

—Los Otori quieren provocarme para que abandone el templo —le expliqué, al igual que había hecho antes con Kaede.

—Es cierto, no debes caer en esa tentación —replicó Makoto—. Como es natural, tu primer instinto es el ansia de venganza; pero, aunque derrotaras a su ejército en una confrontación, se batirían en retirada y regresarían a Hagi. Un asedio prolongado sería un desastre. La ciudad es prácticamente inexpugnable y antes o después tendrías que enfrentarte con las fuerzas de Arai a tu retaguardia.

Arai Daiichi era el señor de la guerra procedente de Kumamoto que había aprovechado el derrocamiento de los Tohan para hacerse con el control de los Tres Países. Estaba furioso conmigo a causa de mi desaparición junto a la Tribu el año anterior; aparte de eso, mi matrimonio con Kaede le habría enfurecido aún más. Arai contaba con un inmenso ejército y yo no deseaba enfrentarme a él antes de fortalecer mis tropas.

—Por tanto, primero tenemos que ir a Maruyama, tal y como hemos planeado. Pero, si dejas el templo sin protección, los monjes y las gentes de la comarca pueden sufrir el castigo de los Otori —me lamenté.

—Podemos traer al templo a muchos hombres —rebatí el abad—. Tenemos armas y provisiones suficientes para defendernos de los Otori en caso de ataque, aunque personalmente no creo que llegue a producirse. Arai y sus aliados no renunciarán a Yamagata sin una lucha prolongada y muchos miembros de los Otori serían reacios a destruir este templo, lugar sagrado para el clan. En todo caso, estarán más preocupados por perseguirte a ti —Matsuda hizo una pausa; tras unos instantes, añadió con cierto matiz de reproche—: A la hora de librar una guerra hay que estar preparado para el sacrificio. Parte de tus hombres morirán en combate; si pierdes, muchos de ellos y tú mismo seréis asesinados de la forma más cruel. Los Otori no reconocen tu adopción, desconocen tu linaje; por lo que a ellos concierne, tan sólo eres un impostor, no perteneces a su clase. Por otra parte, tampoco puedes negarte al enfrentamiento, porque muchos morirían como resultado de tu decisión. ¡Hasta tus campesinos lo saben! Siete de ellos han muerto hoy, pero los que han sobrevivido no están tristes. Celebran su victoria sobre quienes te insultaron.

—Lo sé —dije, y miré fugazmente a Makoto.

Éste apretaba los labios con fuerza y, aunque su rostro no mostraba expresión alguna, yo percibía su desaprobación. Una vez más, tomé conciencia de mi debilidad como

caudillo. Temía que Makoto y Kahei, criados según la tradición de la casta de los guerreros, llegasen a despreciarme.

—Nos unimos a ti por decisión propia, Takeo —continuó el abad—, debido a nuestra lealtad hacia Shigeru y porque consideramos que tu causa es justa.

Incliné la cabeza como señal de que aceptaba sus palabras de amonestación y juré que Matsuda nunca más se vería en la necesidad de hablarme de aquella forma.

—Pasado mañana partiremos hacia Maruyama.

—Makoto viajará con vosotros —informó Matsuda—. Como sabes, ha hecho de tu causa la suya.

Los labios de Makoto se curvaron ligeramente mientras aprobaba con la cabeza.

* * *

Más tarde, sobre la segunda mitad de la hora de la Rata, me encontraba a punto de acostarme junto a Kaede cuando escuché voces que provenían del exterior. Momentos después, Manami nos llamó para comunicarnos que un monje procedente de la garita de los guardias había llegado con un mensaje.

—Tenemos un prisionero —me informó cuando salí a encontrarme con él—. Le descubrieron escondido tras los arbustos situados al otro lado de las puertas del templo. Los guardias le persiguieron y le habrían matado allí mismo de no ser porque mencionó tu nombre y aseguró que era de los tuyos.

—Iré a hablar con él —repliqué, al tiempo que recogía a *Jato*.

Sospechaba que se trataba de Jo—An, el paria. Me había visto en Yamagata cuando, por medio de la muerte, libere a su hermano y a otros miembros de los Ocultos. Fue Jo—An quien me otorgó el apelativo de Ángel de Yamaga-

ta. Más tarde, el invierno anterior, me salvó la vida en mi desesperado viaje hacia Terayama. Le había dicho que enviaría a buscarle en la primavera y que debería esperar a tener noticias mías, pero él siempre actuaba de manera impredecible, por lo general en respuesta a los mandatos que, según decía, le imponía la voz del dios secreto.

Era una noche cálida y en el aire se apreciaba una humedad más propia del verano. Una lechuza ululaba desde el bosque de cedros. Jo—An estaba tumbado sobre el suelo, delante de las puertas del templo. Le habían amarrado toscamente, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y las manos atadas a la espalda. Tenía el rostro sucio y manchado de sangre; el cabello, enmarañado. Movía los labios levemente, mientras rezaba en silencio. Dos monjes le observaban desde una prudente distancia con expresión de desprecio.

Mencioné su nombre y, cuando abrió los ojos, percibí en ellos un destello de alivio. Al intentar ponerse de rodillas cayó hacia delante; al tener las manos atadas, la cara le golpeó contra el suelo.

—Desatadle —ordené.

Uno de los monjes advirtió:

—Es un paria. No debemos tocarle.

—Si es así, ¿quién le ha atado?

—En ese momento aún no nos habíamos dado cuenta —respondió el otro monje.

—Podéis limpiaros más tarde si lo deseáis. Este hombre me salvó la vida. ¡Desatadle!

De mala gana, se acercaron a Jo—An, le incorporaron y desataron las cuerdas. El paria se arrastró hacia delante y se postró a mis pies.

—Incorpórate, Jo—An —le pedí—. ¿Qué haces aquí?

Te dije que mandarías a buscarte. Tienes suerte de que no te hayan matado... ¡Cómo se te ocurre aparecer en el templo de forma tan inesperada!